

Euroamericana

Ángel Loureiro, Rachel Price (eds.)

¿El populismo por venir?

A partir de un debate en Princeton

**Guillermo
Escolar**

E D I T O R

1ª edición, 2018

© Los autores de sus respectivos trabajos

© Escolar y Mayo Editores S.L.
Avda. Ntra. Sra. de Fátima 38, 5ºB
28047 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 978-84-17134-52-5

Depósito legal: M-29757-2018

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Euroamericana

Impulsada por el Departamento de Filosofía y Sociedad de la Universidad Complutense de Madrid, la colección ***Euroamericana*** tiende puentes entre distintas universidades americanas y europeas a fin de dar a conocer y poner en común la producción filosófica más actual. De este modo, cada uno de sus libros fortalece una fecunda comunidad de investigación, distanciada tal vez en el espacio, pero muy cercana en el genuino interés filosófico que tiene como nexo.

Euroamericana

Director

José Luis Villacañas

Consejo Editorial

Alberto Moreiras (Texas A&M University)

Antonio Rivera (Universidad Complutense de Madrid)

Carlo Galli (Università di Bologna)

Carlos Herrera (Université de Cergy-Pontoise)

Catalina González Quintero (Universidad de los Andes)

Erin Graf Zivin (University of Southern California)

Francisco Cortes Rodas (Instituto de Filosofía de Antioquia)

Guillermo Hurtado (Universidad Nacional Autónoma de México)

Jacques Lezra (University of California Riverside)

Johannes Rohbeck (Universität Dresden)

John Kraniauskas (Birkbeck College, University of London)

María del Rosario Acosa (De Paul University, Chicago)

Mariano Siskind (Harvard University)

Sandro Chigola (Università di Padova)

Sebastiaan Faber (Oberlin College)

Willy Thayer (Universidad Pedagógica de Chile)

Elías Palti (Universidad de Buenos Aires)

POPULISMO, DEMOCRACIA, REPUBLICANISMO

ÁNGEL LOUREIRO

PRINCETON UNIVERSITY

En abril del 2017 se celebró en la Universidad de Princeton un coloquio en el que participaron José Luis Villacañas, Maristella Svampa y Alberto Moreiras. Este libro recoge sus intervenciones, revisadas y/o ampliadas, junto con las contribuciones de otros expertos, no presentes en el coloquio, a quienes se les pidió que entablaran un diálogo con alguno de los artículos de los tres ponentes. A esta invitación contestaron expertos en populismo o en crítica cultural de varios países: Carlos de la Torre, Luis Alegre, Antonio Rivera, Gareth Williams, Jacques Lezra. El libro se completa con las importantes contribuciones de tres especialistas en populismo, Yannis Stravakakis (Grecia), Davide Tarizzo (Italia) y Gerardo Aboy Carlés (Argentina), cuyos artículos se publican aquí por primera vez o vieron anteriormente una circulación limitada (caso de la aportación de Aboy Carlés).

Los artículos presentan un amplio espectro de actitudes hacia el populismo, pero en ninguno de ellos se encontrarán las reacciones de temor, confrontación y rechazo que son tan frecuentes entre los defensores del establishment que ven en el populismo una grave amenaza para la democracia liberal. Los colaboradores que participan en este volumen desarrollan un diálogo profundo y crítico, pero mesurado y constructivo, sobre diversas facetas del populismo, como las propuestas teóricas de Laclau (casos de Villacañas, Moreiras, Williams y Rivera), sus fundamentos filosófico-políticos (Lezra), sus relaciones con la democracia liberal (Aboy, Svampa), o algunas de sus manifestaciones prácticas (de la Torre y Svampa sobre los populismos latinoamericanos del siglo XXI; Alegre y Moreiras en relación a Podemos). Tarizzo, en favor de una política comunitaria que remedie las desigualdades económicas y salve el proyecto europeo, estudia los usos comunes del término populista en el mundo financiero y político.

Y desde una apuesta por un populismo democrático y progresivo, Stravakakis rastrea los orígenes de la visión denigratoria del populismo en teorías americanas de los años cincuenta y estudia sus secuelas cripto-coloniales en países en vías de desarrollo (Grecia) en épocas posteriores. Y aunque uno de los más notables expertos en cuestiones populistas, el sociólogo Carlos de la Torre, basándose en la deriva autoritaria de los populismos latinoamericanos, advierte acerca de esos peligros a los países europeos, no por eso deja de ver que el populismo (en su momento opositor al poder) promueve una necesaria ampliación de la democracia. En lo que sigue se ofrece un panorama de las principales ideas expuestas por los autores del libro. Al final de esta presentación se ofrecen algunas propuestas sobre las raíces históricas y los fundamentos teóricos de los nuevos populismos.

LAS PROPUESTAS

José Luis Villacañas sostiene que Laclau, al postular que la sociedad no existe, se hace eco de la premisa liberal, post-histórica, según la cual esta se ha descompuesto en una serie de singularidades, cada una con sus demandas y deseos, regidos por el principio del placer. La propuesta populista articula –construye– esas demandas en una cadena equivalencial por medio de la magia de la retórica (no habría punto de unión común antes de ese acto mágico) de un líder carismático. De ese modo, el «constructivismo radical» de Laclau, que para Villacañas no se basa en la observación del efectivo funcionamiento social, ignora que para que se pueda producir una articulación equivalencial la retórica tiene que sustentarse en un trabajo psíquico previo, conformado por la historia, en el contexto de un entramado de relaciones institucionales en las que se articulan demandas y deseos que se configuran en hábitos. Esos hábitos serían ejemplos del papel productivo de la negatividad, formas de una «resistencia productiva», en el lenguaje foucaultiano usado por Villacañas. Los individuos llegarían a la política con hábitos ya formados (y no meramente como singularidades movidas por demandas individuales regidas por el principio del placer) que, siguiendo a Freud, son el resultado de la operatividad de la pulsión de repetición (propia del instinto de muerte) del aparato psíquico arcaico. A partir de esos hábitos se generan los *points de capiton*, puntos nodales o de anclaje del individuo en un entramado social, sin los cuales ni el individuo ni el espacio social tendrían sentido. A través de esos *points de capiton* (que, en contraste con las demandas de Laclau, no estarían regidos por el principio del placer sino ligados a la repetición propia del instinto de muerte) los individuos se integran en

las cadenas equivalenciales de lo social y lo político, recorridas por los legados materiales de la historia.

Desde una posición crítica con la deconstrucción, Villacañas se cuida de distinguir radicalmente entre la deconstrucción conceptual (en polémica directa con Laclau, y al mismo tiempo en un diálogo subterráneo con Moreiras) y la deconstrucción psíquica de hábitos que pueden (y suelen) permanecer intactos incluso después de la deconstrucción conceptual más rigurosa. A partir de ahí, Villacañas postula que Max Weber identifica una *ontología* del populismo muy diferente a la propuesta por Laclau. Esa ontología alternativa no se basa en el principio de placer de la demanda liberal, ni se sostiene en la construcción referencial generada por la magia del discurso, sino que se asienta en los legados materiales de la historia y en la dimensión existencial de los individuos. En sus análisis sobre la realidad alemana en 1917, Weber vaticina, según señala Villacañas, que la negatividad (la angustia, el resentimiento, el miedo a la democracia) se podría elevar a terror y activar hábitos y afectos profundos (formas de productividad de lo negativo) que acabarían formando una identidad política en defensa de los privilegios y tradiciones de la casta que había dominado el estado alemán. En esa ontología del populismo, que no tiene nada que ver con demandas individuales ni con retóricas milagrosas, Villacañas ve operativa la esencia del republicanismo de Weber: basándose en la teoría de la desigualdad natural, el republicanismo consistiría en impedir, por medio de la libertad y la igualdad política, que las desigualdades de origen social y económico se transformen en relaciones sociales de dependencia.

Aunque manifiesta simpatías por el momento movilizador del populismo, Moreiras critica sus fundamentos teóricos, así como la configuración política laclauiana que observa en Podemos: la hegemonía, aunque en teoría sea gobierno por persuasión y consentimiento, es nuclearmente antidemocrática en la medida en que siempre va acompañada, implícitamente, de una serie de cargas o ideas que la minan o desvirtúan: *kataplexis*, el terror coercitivo que obliga a la sumisión y que acompaña a la hegemonía según Perry Anderson; el antagonismo respecto del otro (y aquí Moreiras rechaza el populismo catalán por su articulación identitaria basada en el odio antiespañol); el líder carismático y mediático como significativo vacío (capaz así de asumir cualquier contenido), quien articularía verticalmente las demandas, cerrando hacia arriba la cadena equivalencial (lo que Verstrynge denomina tendencia bonapartista del populismo). La teoría de la hegemonía y del líder carismático se completa, advierte Moreiras, con lo que Laclau denominaba, en un signo de sus marcas sofisticadas (profunda-

mente anti-gramscianas) y de su constructivismo radical, «los fundamentos retóricos de la sociedad», que en el caso de Podemos se concretiza en el título del libro de Errejón y Mouffe, *Construir pueblo*.

A este populismo tal y como lo teoriza Laclau y lo practica Podemos bajo el liderazgo bonapartista de Iglesias, Moreiras le opone, desde el deconstruccionismo profundo, un anarco-populismo radicalmente democrático, que se fundamenta en los conceptos de posthegemonía, marranismo, parresia y transversalismo: posthegemonía como herramienta de deconstrucción de las cadenas hegemónicas identitarias y como rechazo de toda dominación, así como posicionamiento en el afuera de la hegemonía; subalternidad marrana (previa y resistente a toda demanda identitaria); transversalidad radical, basada en un antagonismo demótico que se resista a toda reducción en cadena de equivalencias y a todo liderazgo carismático; parresia, o práctica de una voluntad de verdad, en oposición al oportunismo sofisticado de decir algo en función de la conveniencia del momento y de la construcción retórica de la realidad postulada y practicada por el populismo laclauino. En suma, Moreiras apela a una nueva teorización del populismo que mantenga sus condiciones mínimas –antagonismo e inclusión, pero no identitarismo y verticalismo–, pero radicalizadas; un populismo, además, como movimiento *transicional* movilizador (no como configuración última de lo político, como postula Laclau).

Al analizar el conflicto entre Iglesias y Errejón en Vistalegre II, y frente al liderazgo bonapartista y mediático de Iglesias, Moreiras ve en Errejón la posibilidad de una ruptura posthegemónica que podría llevar a la configuración de un populismo más plural, republicano y transversal, en el que el único antagonismo se dé entre demócratas y anti-demócratas, un populismo a-verticalista en el que el significante vacío (el secretario general) esté realmente vacío y por lo tanto sea meramente un articulador y gestor de las demandas múltiples de los electores. Si el populismo es la política del futuro, como defiende Verstrynge, en cuanto que la gran batalla política se libra entre la dominación política del neoliberalismo y las resistencias antiglobalizantes y nacionalistas que reclaman una gestión nacional de las desigualdades, Moreiras ve en las ideas de Yannis Stravakakis y su grupo de Salónica una formulación del populismo acorde con las condiciones mínimas que él establece: transversalidad y antagonismo, redefinido este como el conflicto entre demócratas y antidemócratas (los promotores de la desigualdad). Moreiras admite que «el problema práctico empieza ahí, en el contenido político que se le dé a esa transversalidad genérica y... a la formulación del antagonismo», y reconoce que el populismo marrano

es un mecanismo de movilización política pero no un «horizonte de la práctica política. Y la experiencia, una vez más, nos muestra que puede no ser más que una entelequia teórica. Pero no importa, en la medida en que su destino es desaparecer en la transición misma».

Svampa parte de la idea de que en torno al año 2000 tuvo lugar en Latinoamérica un cambio de época que asistió a la aparición de un nuevo *progresismo*, parejo a la crisis de los partidos políticos tradicionales y de su forma de representación, y caracterizado por el protagonismo creciente de los movimientos sociales y por una política de inclusión social. De la mano de una narrativa populista-desarrollista y de un proceso de personalización del poder, este *progresismo* desembocaría en *regímenes populistas de alta intensidad*, singularizados por la polarización social en forma de antagonismos, la instrumentalización del Estado como constructor de la nación, el surgimiento de nuevos derechos pero, también, la reducción del pluralismo, la centralidad del líder y el deseo de este de perpetuarse en el poder). Estos regímenes se materializaron tanto en populismos plebeyos (Bolivia, Venezuela) como en populismos de clases medias (Argentina, Ecuador, países en los que la mayor inclusión social fue ligada a alianzas económicas con las grandes corporaciones transnacionales). A partir de esta constatación, Svampa postula que existen tres visiones diferentes del populismo. Frente a las aproximaciones marcadamente negativas, por una parte, y, por la otra, frente al populismo enunciado en la teoría de Laclau como lo político en sí (inclusión de sectores excluidos, identidades construidas a través del antagonismo, oposición a la política institucional), Svampa se encuadra en lo que clasifica como tercera vía de interpretación del populismo (en la que parece situarse también Abov), una vía crítica que enfatiza la relación ambivalente que el populismo, con su dualidad de elementos democráticos y autoritarios, tiene con la democracia. En la medida en que la conformación de un pueblo es central, condición *sine qua non* del funcionamiento de la democracia, para Svampa el populismo no puede ser considerado como una forma anómala de democracia, sino que es desde la democracia como mejor se le puede entender. En su tensión consustancial entre la aceptación de la legitimidad democrática y la búsqueda de una fuente de legitimación que la excede, el populismo adquiere sentido en relación con otras formas de democracia (democracia participativa, democracia directa) que intentan acortar la distancia entre representantes y representados.

Carlos de la Torre parte de la premisa de que las derivas autoritarias son el signo característico de los populismos latinoamericanos desde mediados

del siglo xx. En base a ello, de la Torre realiza un encendido alegato en contra del populismo, y nos advierte de que, una vez en el poder, transforma a los críticos en enemigos y establece prácticas autoritarias anti-pluralistas que restringen los derechos civiles y la autonomía de la sociedad civil. Su profunda desconfianza ante todos los populismos le lleva a rechazar incluso el populismo an-anárquico, transversal y no verticalista propuesto por Moreiras. Y extrapolando las experiencias populistas en Latinoamérica como un advertencia ante las tentaciones populistas en otras partes del mundo, de la Torre sugiere específicamente que la izquierda española debería aprender de las experiencias populistas latinoamericanas (cuyo mito acabó devorando a la izquierda, advierte), señalando que hay formas de democracia radical no populista que ofrecen respuestas tanto a los populismos de derechas como a las desigualdades económicas generadas por las políticas neoliberales. Al centrarse en las derivas autoritarias del populismo, Carlos de la Torre no ofrece en este artículo una visión tan matizada como la que presenta en su libro *Populismo* (2017), en el que, con más espacio, señala que «hay que tomar en serio las críticas populistas a las democracias excluyentes» y que «hoy el populismo no es ajeno a la democracia sino que es parte constitutiva de esta» (15). En suma, para de la Torre el populismo es expresión positiva del afán de eliminar las exclusiones, de politizar problemas que para el neoliberalismo son meros tecnicismos, de revalorizar la soberanía popular y del deseo de ampliar de la democracia: «Cuando los populismos retan al poder presentan sus facetas incluyentes y democratizadoras. Politizan temas que se percibían como técnicos, como son las políticas neoliberales. Motivan que gente que estaba excluida y marginada de la política participe en ella. Desafían modelos de democracia que limitan [reducen] la democracia al voto y que transforman a los ciudadanos en consumidores. Provocan un renacer de la política y se viven como momentos excepcionales en los que el pueblo busca reapropiarse del poder secuestrado por las oligarquías» (*Populismo*, 99).

Por su parte, Luis Alegre sostiene que el proyecto político de Podemos encaja mejor en el «republicanismo» que en el «populismo», en contra de lo que han sostenido no solo sus adversarios sino, de un modo desconcertante, un buen número de sus propios dirigentes. En apoyo de esa idea, Alegre, miembro fundador de Podemos, recuerda que trataron de definirlo como «movimiento» o «plataforma de empoderamiento» popular y ciudadano. Sin embargo, con el paso del tiempo tanto los adversarios de Podemos como algunos de sus dirigentes han puesto más énfasis en el elemento «popular» (asociando Podemos con el populismo) y han ignorado el rasgo «ciudadano», el cual vincula a Podemos con los principios del

republicanismo clásico. En sintonía con Villacañas, Alegre recuerda que la «esencia del republicanismo» reside en la necesidad de contrapesar con la libertad y la igualdad política las desigualdades naturales (sobre todo en cuanto a la propiedad), de modo que esas desigualdades no se traduzcan en relaciones de dominación o dependencia. Ese sería precisamente el eje central del proyecto político de Podemos, según Alegre: lograr que las instituciones públicas aseguren las condiciones materiales mínimas para el ejercicio de la libertad. Sin embargo, para conformar un orden republicano plenamente democrático es necesario que los ciudadanos no se limiten a obedecer las leyes y a disfrutar de la libertad, sino que colaboren en dar forma a una voluntad política general. Podemos, aclara Alegre, no fue creado para dar forma al pueblo (en la sociedad española, señala, no era posible una maleabilidad del cuerpo político como la propuesta por la cadena equivalencial de Laclau), sino para darle forma política a unos contenidos pre-existentes, para interpretar un nuevo sentido común que se había manifestado en las movilizaciones posteriores al 15M. Pero en un contexto electoral «el proceso de agregación» de demandas sectoriales (no equivalenciales, insiste) solo podía darse en torno a la figura de un individuo carismático, no podía lograrse «sin condensar esos anhelos en un símbolo capaz de levantar la vertical con la que cerrar, como sujeto político, el cuerpo de ese nuevo sentido común», escribe Alegre en un lenguaje que se acerca mucho, aunque lo quiera evitar, a la función del líder populista propuesta por Laclau. El tipo de liderazgo capaz de dotar de fuerza política a las demandas populares solo puede ser el de un líder como encarnación de una idea y no como significante vacío, es decir, como líder secundario y no primario; y el propio líder, advierte Alegre, cometería un gran error si pensase lo contrario.

Antonio Rivera está de acuerdo con Villacañas en que, en su proyecto de hacer presente (de representar) lo que siempre estará ausente (el pueblo completo), Laclau ignora el papel de la historia, las tradiciones, la realidad sociológica y los hábitos, fiándolo todo a la magia del discurso, a una acción retórica del líder que supuestamente bastaría para crear una nueva identidad colectiva. En su exposición, Rivera hace patentes varias ideas centrales de Laclau: ruptura con la idea de la historia como avance hacia un objetivo final (la historia, contingente, está siempre abierta a la regresión, señala Laclau); su deseo de ir más allá del concepto de lucha de clases (viciado por la combinación de descripción sociológica y lógica política); su ruptura con las teorías clásicas de la representación política, según las cuales la voluntad del pueblo está constituida antes de la representación.

Haciéndose cargo de las enmiendas al populismo propuestas por Moreiras –parresia, marranismo y transversalidad anarco-populista frente a la retórica constitutiva del pueblo y a la centralidad del líder formuladas por Laclau– Rivera concluye que un populismo sometido a esas rectificaciones tal vez ya no podría ser llamado populismo. No obstante, se adhiere a la reivindicación que hacen Villacañas y Moreiras del pensamiento republicano como alternativa al populismo teorizado por Laclau.

Gareth Williams parte de que la pregunta clave acerca del populismo es cómo emerge un sujeto político, y señala que con el neoliberalismo y la globalización ha entrado en crisis el populismo clásico, el cual sería la manifestación primaria de la política moderna del «Nosotros, el pueblo» que surge con la creación del estado moderno y las formas de representación ligadas a mercados nacionales y regionales. El proceso de formación del populismo clásico, que en nombre del ‘Pueblo’ sirvió a las burguesías nacionales en ascenso para forjar unidades geográficas e historias y destinos comunes (lo que Balibar denomina «etnicidad ficticia»), al mismo tiempo que producía exclusiones raciales, sociales y económicas de carácter sistémico, queda clausurado con la globalización, en la que las fronteras físicas de los estados nacionales son fácilmente traspasadas por los capitales financieros transnacionales y, en consecuencia, el otro antagónico del pueblo es imposible de identificar. Como fruto de este fin de época, Williams concluye que el populismo reciente sería expresión de la crisis de los populismos de la modernidad, y ya no puede explicarse con lenguajes como el de Laclau, aplicables a los populismos que ahora habrían entrado en crisis. En sintonía con Moreiras, y en polémica implícita con Villacañas, Williams apuesta por la deconstrucción (por su relación crítica con la soberanía de la subjetividad), la posthegemonía (no-subjetivista y pos-populista) y la transversalidad marrana.

Jacques Lezra llama la atención sobre el carácter misterioso del acto de habla performativo propuesto por Laclau, con el que el líder constituye el pueblo a partir de la agregación (o tal vez transustanciación, sugiere Lezra) de demandas dispersas, al tiempo que cuestiona la institucionalidad positiva postulada por Villacañas (en el artículo sobre Laclau y Weber aquí incluido), según la cual la sociedad como entramado de relaciones institucionales –a través de hábitos y repeticiones– articula demandas y deseos evitando así que proliferen las diferencias (las instituciones cumplirían por lo tanto una función unificadora o estabilizadora similar al acto performativo en Laclau). En su contrapropuesta, Lezra aboga por un concepto de institución inestable, defectuosa, por medio de la cual construir un repu-